

## *Los Leoni, de la Tour y Díaz-Caneja*

**ADOLFO  
CASTAÑO**

**L**a historia, la gran historia, puntea el presente. No todo lo que abarca se puede extrapolar, traer hasta nuestros días, pero los datos que ofrece sí pueden ser observados, y de ellos y de su aparición, a veces azarosa, podemos extraer puntos de reflexión. Escribimos esto a propósito de cuatro exposiciones que se celebran en Madrid simultáneamente. Dos de ellas en el Museo del Prado: Los Leoni (1509-1608) y Los músicos de Georges de La Tour (1593-1652); las otras dos son obra de Juan Manuel Díaz-Caneja (1905-1988). Todas ellas forman parte de nuestro pasado artístico remoto o cercano. Las cuatro tienen la suficiente entidad para cuestionarnos la función y la oportunidad del arte. La escultura de los Leoni, Pompeo y Leone, y del entorno inmediato que les arropa, nos hace pensar en seguida en su valor social y público encarnado en una forma renovada dentro del cauce tradicional de los principios escultóricos, a la que no son ajenos Miguel Ángel, Celini y otros maestros del Renacimiento. Arte portador de una filosofía el tiempo en la que aparece, como factor notable de su composición, el poder político.



«Ciego tocando la zanfonía», de Georges de la Tour.

**«El lorenés Georges de  
La Tour estuvo olvidado  
como hombre y como  
pintor alrededor de  
trescientos años.»**

El poder político para ser percibido como artístico precisa de una técnica sobresaliente, de una factura que exceda sus límites prácticos, capaz de conmover por lo que sugiere como por lo que muestra, admirada tanto por sus partidarios como por sus detractores. Y estas circunstancias se encarnan adecuadamente en la pieza clave de la exposición, "Carlos V y el Furor", descompuesta en esta ocasión absurdamente para ampliar la cantidad expositiva, no la calidad, y cuya lectores se vuelve incoherente para el

visitante que no haya entrado con frecuencia en El Prado.

A parte de estas consideraciones, el grupo escultórico fue y sigue siendo ejemplar porque en él se ve cumplida la eficacia de un lenguaje escultórico público del que carecemos ahora. Una cosa es fabricar una escultura que sea espectáculo en sí misma y otra muy diferente hacerla para los transeúntes, para los pasajeros del tiempo, pues su duración como tal espectáculo será dilatada, porque las gentes van a seguir discurrendo frente a ella durante años o siglos.

El lorenés Georges de La Tour estuvo olvidado como hombre y como pintor alrededor de trescientos años. 1915 fue la fecha de una resurrección que no ha acabado de músicos que se encarnan en una pintura exquisita late una preocupación, común a toda la obra de La Tour, por el estar humano, preocupación que traspasando el lienzo nos llega apoyada en la misma función pictórica. No ocultamos nuestra admiración por Juan Manuel Díaz-Caneja. La entidad de su pintura siempre detuvo y detiene nuestros pasos y nuestra mirada. En ella Caneja se personificó hasta lograr que su trabajo se convirtiera en un ámbito adecuado a su existencia, una existencia fiel a sí misma y por ello intransigente, selectiva, constantemente generadora de amistad.

## ARTE

### «No ocultamos nuestra admiración por Juan Manuel Díaz-Caneja. La entidad de su pintura siempre detuvo y detiene nuestros pasos y nuestra mirada.»

todavía, pues en 1990 el experto Fierre Rosenberg certificó la autoría del pintor en el cuadro "Músico ciego tocando la zanfonia", que adquirió en 1991 el Museo del Prado, gracias al legado Villaescusa. Con esta y otras cinco piezas de otros tantos museos de Europa y América se ha organizado

Caneja estudió arquitectura, pero el pintar se cruzó en su camino. Vivió un tiempo en la Residencia de Estudiantes de Madrid, formó parte de la primera Escuela de Vallecas, en París se integró en su Escuela, de nuevo en Madrid fundó una revista poética de corte anarcosurrealista y casó con la hermosa Isabel. Desde 1948 a 1951 estuvo encarcelado. Recibió el Premio Nacional de Pintura en 1958, el Premio Goya en 1960 y en 1980 el Premio Nacional de Artes Plásticas. Pero todo ello dice más de su calidad humana y artística que de un éxito general. Sus cualidades pictóricas, sin embargo, no se hacen visibles

esta significativa y excelente exposición.

No es una exposición sorprendente, el Siglo de Oro cercano, Ribero, Maino, Murillo, Velázquez, pueden ocultarla entre sus pliegues, sí es una muestra resplandeciente de honradez pictórica, de gusto, por el hacer moroso, demorado, de atención estoica hacia la realidad cercana, de interpretación ¿alegórica, mística? de esa cierta realidad.

De La Tour ejerce el realismo como documento social de su entorno sin alcanzar el naturalismo que se hunde en la miseria, pero sí transmite el desclasamiento, el desgaste de la edad hasta un límite soportable para la dignidad humana, hasta el momento en que el gesto se convierte en mueca. En esta serie

inmediatamente. Su enunciación cubista del paisaje, lo sobrio de su paleta, su evidente gusto por la abstracción, por la idea, desconciertan al espectador perezoso. Caneja obliga a la mirada a profundizar en los datos estrictos que componen sus pinturas, nunca una es igual a otra, cada una de ellas define enteramente lo que contiene de humano esta jarra, aquel alcor, la tierra toda que casi toca el cielo.

Las exposiciones de Díaz-Caneja son oportunas en este tiempo de confusión, tiempo de deslealtades hacia uno mismo y hacia cualquier función que nos comprometa como seres humanos por entero.